SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 22 DE ABRIL DE 2007
Turismo 12

TEMPLOS DE ASIA

Un recorrido por deslumbrantes templos budistas e hinduistas de China, Tíbet, Camboya, Birmania y las islas de Bali y Java.


Una bucólica imagen de la costa entrerriana sobre el río Uruguay.


En Colón, la antigua estación fluvial donde hoy funciona la Secretaría de Turismo.

ESCAPADAS *El corredor termal del río Uruguay*

El oasis entrerriano

Villa Elisa, San José y Colón comienzan la temporada de termas. Un circuito por tres localidades de Entre Ríos donde se combinan el atractivo del relax con el paseo histórico y natural por una región de cuchillas y palmares. Pero también visitas a sitios y museos con la impronta cultural de los primeros colonos europeos.

TEXTO Y FOTOS: GRACIELA CUTULI

Si verde es descanso, Entre Ríos también lo es. En las suaves ondulaciones de las colinas entrerrianas, que juegan a hacer sombras con la puesta de sol, se puede encontrar el auténtico silencio de la naturaleza. Un silencio que trae ecos lejanos: los muchos idiomas europeos que alguna vez se mezclaron en los campos con la llegada de los primeros colonos; el aleteo de teros, garzas, cigüeñas y otras aves que sobrevuelan bajito los bañados que forma la lluvia; el rumor suave del viento que peina las hojas de las palmeras; el agua que brota caliente de las entrañas de la tierra. Entre Ríos es, claro, tierra de aguas: y no sólo porque sus colinas están aprisionadas entre los caudalosos cursos del Paraná y el Uruguay, sino también porque a orillas de este segundo río nace una serie de termas que van desde Colón a Chajarí, y que conforman un corredor –de ambos lados, ya que el fenómeno se repite en Uruguay– volcado al turismo de descanso y salud.

Entre las más cercanas a Buenos Aires se encuentran las termas de la micro-región de Colón, que incluyen las de San José y Villa Elisa. El paseo por esta parte de la provincia invita a descubrir sus testimonios históricos, desde el imponente Palacio San José hasta las modestas casas construidas por los primeros inmigrantes europeos, y la riqueza de una naturaleza generosa, matizada con placeres de la buena mesa. Incluyendo el vino...

PARA ELISA De norte a sur, el recorrido puede comenzar en Villa Elisa, a 30 kilómetros de Colón, una localidad nacida gracias a la llegada de numerosos piamonteses, franceses, vascos y suizos, en los mismos años en que la corriente de colonos se establecía en San José y Colón gracias a la iniciativa de Urquiza. Villa Elisa, cuyo nombre recuerda a Elisa Dickson, esposa del fundador, tiene vocación de "ciudad jardín": trazada en calles anchas y floridas, la domina la gigantesca estatua de un sembrador de más de 12 metros de altura, una forma de reconocimiento a la fertilidad de una tierra que hizo a la prosperidad de toda la zona. Desde Villa Elisa hasta el Palacio San José, un tren histórico permite realizar el recorrido sobre rieles, una experiencia como para sentirse en un auténtico cuadro de época. La historia también es el eje de la estancia El Porvenir, un antiguo casco donde se reunieron objetos de los primeros habitantes: muebles, elementos cotidianos, instrumentos musicales y autos antiguos.

Muy cerca del centro de la ciudad se encuentra el complejo termal de Villa Elisa, que tiene la particularidad de tener aguas saladas. El parque tiene más de 40 hectáreas con siete piscinas: tres para adultos (las de mayor temperatura, hasta los 40 grados, equipadas con hidromasaje), tres para chicos y una recreativa, de aguas templadas. La

VINOS DE ENTRE RIOS

Sin duda es una curiosidad poco esperada. Justo frente a la entrada de Colón, sobre la ruta, es posible detenerse a visitar una bodega que traslada a la zona mesopotámica los viejos saberes de la elaboración del vino. Todo tiene una historia: en este caso, se remonta a los tiempos en que el inmigrante suizo del Valais Joseph Fabre construyó, en 1874, un sótano de 15x7 metros con seis piletas cerradas con capacidad para 12.000 litros destinadas a la fermentación y guarda del vino. Sobre la cava levantó la casa familiar, que actualmente está en manos de Jesús Vulliez, descendiente de vitivinicultores oriundos de Saboya. Vulliez, que hoy recuerda a su propio abuelo elaborando vino, reconstruyó la bodega de Fabre respetando sus características arquitectónicas y la puso en marcha nuevamente. En las hectáreas de campo que rodean la casona se plantaron cepas de chardonnay, malbec, merlot, tanta, cabernet sauvignon, syrah y sangiovese: estas uvas jóvenes empezaron a producir hace tres años, y las primeras botellas se pueden ver en la bodega durante la visita guiada por sus propios dueños. No sólo por la curiosidad que representa, sino también por su valor histórico y la cordialidad de los anfitriones, la Bodega Vulliez Sermet merece una visita.


Siete piscinas con agua salada en el complejo termal de Villa Elisa.

clasificación de las aguas las define como "mesotermales, débilmente alcalinas, de alta mineralización, cloruradas, sulfatadas sódicas, estrónicas, radónicas": difícil que el lego entienda de qué se trata, pero las definiciones químicas son rápidamente traducidas al lenguaje universal del bienestar.

Cerca de Villa Elisa, en la pequeña Colonia Hocker, se puede disfrutar de la propuesta rural del Almacén Don Leandro, donde se organizan cabalgatas y paseos en sulky, y el Establecimiento Don Enrique, un campo que combina la ganadería intensiva con el turismo rural.

MUSEOS Y TERMAS EN SAN JOSE Para conocer mejor los orígenes de las poblaciones de la región, lo mejor es visitar el Museo Histórico Regional de la Colonia San José, que se fundó cuando –en ocasión del centenario de la localidad– los vecinos se pusieron de acuerdo para reunir materiales heredados de sus familias que dieran cuenta de la pequeña epopeya que significó establecer la colonia. Empezando por el hecho de que no eran esperados en Entre Ríos sino en Corrientes, pero un problema administrativo les impidió ingresar, así, gracias a Justo José de Urquiza, fueron reubicados en tierras entrerrianas. Actualmente el museo funciona en una casa del año 1885 que perteneció a una de sus pobladoras y está considerado como uno de los que guarda el mayor patrimonio histórico en nuestro país. Otra entidad para visitar es el Museo de Ciencias Naturales Guillermo Gómez Cadret, que tiene nueva sede y posee interesantes piezas arqueológicas. Y sin duda vale la pena pasar por los dos mini-museos geológicos, armados por pobladores, que reúnen varias piezas de gran interés: frutos petrificados recogidos a orillas del río Uruguay, distintos tipos de ágatas y otros minerales, e incluso curiosidades como piedras que contienen agua adentro. San José también cuenta con un nuevo complejo termal, con piscinas con hidromasaje, piletas de uso activo y pasivo, juegos infantiles y un servicio de spa express que va desde los masajes hasta la fangoterapia y técnicas de cosmiatría.

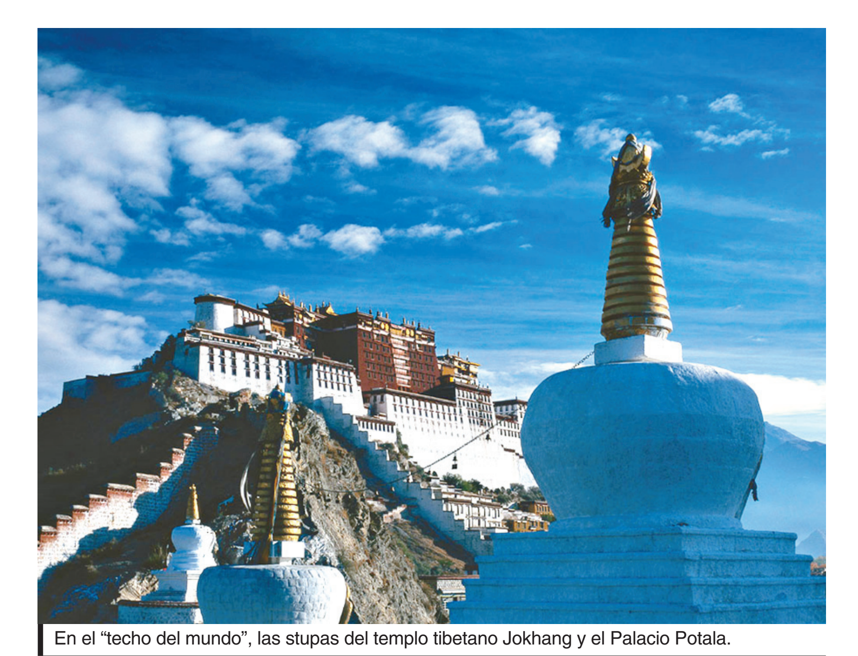
AGUAS Y SABORES DE COLON Esta ciudad es la más importante de las localidades de la microrregión: en verano el gran atractivo son las playas de arena sobre el río Uruguay y sus islas, donde se organizan también excursiones de pesca (salidas desde el puerto, los fines de semana), y en otoño e invierno sus aguas termales, situadas muy cerca del centro y con instalaciones cubiertas que permiten disfrutarlas todo el año. Sin embargo, Colón tiene encanto propio también como ciudad, con un corazón de casas de antaño bien conservadas, la antigua estación fluvial donde hoy funciona la Secretaría de Turismo, frente al río, y su arbolada costanera. Enfrente, el Sótano de los Quesos se convierte en una tentación para los aficionados a los embutidos, picadas y dulces caseros, con una amplia oferta de productos de elaboración artesanal.

Colón es agradable para caminarla al atardecer, cuando el calor afloja y las calles cobran animación: se puede pasar entonces frente a la Plaza San Martín, la casona donde se alojó Urquiza en 1870, la sede de la biblioteca popular Fiat Lux o el Teatro Centenario. También hay que recordar que aquí se fundó el primer registro civil del país.

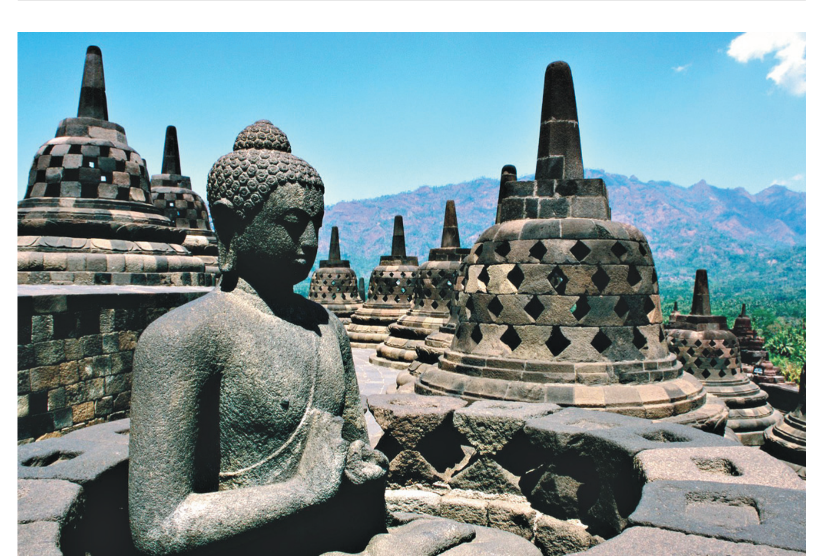
Fuera de la ciudad hay numerosas propuestas de turismo rural y ecoturismo: es que el entorno, por supuesto, es el escenario ideal. En el llamado "ejido Colón", hacia el sudeste, se encuentra la zona donde se asentaron los colonos suizos recién llegados, dividida en pequeñas parcelas y surcada de caminos de tierra: allí diversos establecimientos se dedican a la cría de aves, cultivos, quintas y cría de cerdos. También Colonia Hugues ofrece una suerte de viaje en el tiempo, hacia la época en que con enorme esfuerzo los pioneros sentaron la base de las poblaciones actuales. Hoy reconvertida al turismo, toda la región ofrece numerosos alojamientos turísticos y propuestas de excursiones por el río. Además, Colón es la puerta de entrada al Parque Nacional El Palmar, situado unos 50 kilómetros más al norte, que es ideal para recorrer durante las puestas de sol otoñales, cuando los zorros se acercan sin temor a los autos, se pueden ver arañas pollito que cruzan tranquilamente los caminos de tierra, y las delgadas siluetas de las palmeras se recortan, elegantes, contra un cielo que se tiñe con todos los colores del atardecer. ✹

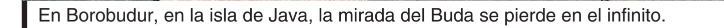
DATOS UTILES

■ **Villa Elisa** Complejo Termal Villa Elisa: Ruta 130, km 20. Domingos a jueves de 8.00 a 22.00. Entrada general, $ 14.
■ Tren histórico: excursión al Palacio San José. Tel.: 03447 481342. Salidas sábados 12 hs. Costo general, $ 30, niños $ 20.
■ Establecimiento Don Enrique: 03447 156 40296 - *estdonenrique@ciudad.com.ar*
■ Almacén Don Leandro: 03447 80470; *almacendonleandro@argentina.com.*
■ **San José:** Museo Regional San José: Urquiza 1127. Tel.: 03477 470088. Entrada general: $ 1.
■ Museo Gómez Cadret: Sarmiento y Centenario, San José. Entrada general: $ 1.
■ Termas de San José: de 8.00 a 22.00. Entrada general: $ 8.
■ **Colón:** Termas de Colón: 3 de Febrero al norte, lunes a domingo de 9.00 a 21.00, entrada general $ 7.
■ Bodega Vulliez Sermet: Ruta 135, km 8, Colón.



En el "techo del mundo", las stupas del templo tibetano Jokhang y el Palacio Potala.





En Borobudur, en la isla de Java, la mirada del Buda se pierde en el infinito.



La ciudad arqueológica de Pagan, en Birmania. Un viaje perfecto al tiempo de Buda.

Una recorrida por deslumbrantes templos de Asia. En Pekín, el Templo del Cielo; en Camboya, el Bayón de la ciudad perdida de Angkor, y en Tíbet, el Jokhang de la ciudad de Lhasa. También el colosal Borobudur de la isla de Java y los tropicales templos hinduistas de la isla de Bali. Y en Birmania, una visita a las ruinas de la ciudad sagrada de Pagan.

ASIA *Templos budistas e hinduistas*

Camino al nir

POR JULIAN VARSAVSKY

Una mirada rápida a una serie de fotos de templos asiáticos puede dar la impresión de que son bastante parecidos ya sea por los techos superpuestos que caracterizan a las pagodas o por la gran profusión de Budas de piedra y oro que hay en sus recintos, terrazas y jardines. Sin embargo, basta observar con mayor atención la estética de los diferentes templos para comprobar que hay un sinfín de variantes y estilos muy particulares, aun dentro de cada país.

Sumergirse en la mística envolvente de los templos asiáticos es también una especie de viaje al pasado medieval de Oriente, ya que la mayoría fueron construidos en esa época. En ellos se veneran antiquísimas imágenes de una mitología milenaria, cuyos poderes podrían, por ejemplo, hacer "desmoronar" un reino entero si algo le pasara a la estatua, como es el caso del Buda Esmeralda en el templo Wat Phra Kaew de Bangkok.

EL ALTAR DEL EMPERADOR

El Templo del Cielo en Pekín, fue construido en el año 1420, cuando reinaba la dinastía Minh, y está considerado la obra maestra de la arquitectura antigua china. En el pasado fue el más sagrado de todos los templos imperiales. Cada día 15 del primer mes correspondiente al calendario lunar chino, el emperador salía en procesión solemne desde su residencia en la Ciudad Prohibida, acompañado por su corte de ministros, guerreros y eunucos, hacia el Templo del Cielo para pedir a los dioses por buenas cosechas. La ceremonia era un acto de importancia nacional que sólo llevaba a cabo el "Hijo del Cielo". Y por eso una temporada de malas cosechas podía ser interpretada como un signo de abandono divino que deslegitimaba la autoridad imperial. Los veintidós emperadores de las dinastías Minh y Qing –desde 1368 hasta 1911– repitieron escrupulosamente los rituales establecidos para este templo taoísta.

En realidad, el edificio es parte de un complejo amurallado con jardines y construcciones rituales que cubre un área de tres kilómetros cuadrados. Su estructura circular de madera mide 30 metros de diámetro por 38 de alto y está dividida en tres partes por tres techos circulares con tejas vidriadas de color azul (como el azul del cielo). La base del templo son tres terrazas circulares y concéntricas de mármol blanco, rodeadas por una balaustrada cincelada con dragones, nubes y el Ave Fénix.

La estructura del templo fue reducida a cenizas por un rayo en 1889 y casi de inmediato se volvió a levantar. Su construcción es un perfecto juego de encajes en el cual no se utilizó pegamento alguno ni ladrillos ni clavos, y está sostenida por veintiocho pilares.

El Altar de la terraza circular y el Templo de las rogativas para las buenas cosechas –las dos construcciones principales del Templo del Cielo– están unidos por una gran calzada de piedra considerada la vía para que el emperador llegara al cielo, no de manera simbólica sino en cuerpo real. Conocida como la Vía Sagrada, mide 29 metros de ancho por 360 de largo y se va elevando por sobre el nivel del suelo hasta alcanzar los cuatro metros de altura. Del lado izquierdo caminaba el emperador y del derecho, la reina y los ministros de la corte. De esa forma, sin intermediación alguna, el "Hijo del Cielo" ascendía al firmamento para tratar directamente, cara a cara, con los "amos del universo".

CIUDAD BUDISTA

Más conocido por Birmania –hasta 1989, cuando cambió su nombre–, Myanmar es un país turbulento que alberga uno de los tesoros arquitectónicos más fascinantes del Sudeste asiático: la ciudad sagrada Pagan. Ubicada en una árida llanura a orillas del río Irrawaddi, la antigua ciudad budista comenzó a construirse en el siglo XI. Es un conjunto de más de 2 mil monumentos y templos con cúpulas cónicas que se despliegan en un área de 50 kilómetros cuadrados.

La ciudad se fundó alrededor del siglo IX d.C. y fue la capital del reino de Birmania entre los siglos XI y XIV. Su primer rey fue Anawrahta (1044–1077), quien consolidó el reino luego de dominar a los pueblos Pyu y Mon, generando un período histórico que se caracterizó por la importancia de su arquitectura religiosa.



Una niña se abraza a un león sagrado en el Templo del Cielo, en Pekín.


Los rostros de piedra del templo budista Bayón estuvieron quinientos años perdidos en la selva camboyana.

vana

EL OCASO DE LOS DIOSES En lo profundo de la selva camboyana existe una antigua ciudad sagrada que estuvo perdida durante cinco siglos. Los restos arqueológicos de la ciudad de Angkor –que fue la sede el imperio Khmer– son hoy uno de los conjuntos de templos más vastos del planeta: en sus 310 kilómetros cuadrados hay un millar de santuarios budistas e hinduistas que datan en promedio del año 1000.

El más famoso de estos templos es Angkor Wat –una imponente mole de piedra dedicada a Vishnú–, pero acaso el más misterioso y sugerente de la vieja capital imperial es el templo Bayón, dedicado a Buda. A medida que uno se interna en la selva buscando este templo, van apareciendo unos monitos que observan al visitante con curiosidad. Hasta que de golpe se distinguen sobre la copa de los árboles centenares de enigmáticos rostros gigantes tallados en piedra, que parecen escrutar todo desde las frondas con una sonrisa inmóvil. Cada vez son más y la paranoica sensación de ser vigilados se torna molesta. Son las cabezas del Templo Bayón, con cuatro colosales caras de Buda cada una, mirando hacia los puntos cardinales desde lo alto de 54 torres. Un entretejido de líquenes y plantas trepadoras camuflan los rostros de piedra, que parecen cobrar vida cuando el sol se filtra entre la vegetación. Las paredes exteriores del templo están decoradas con 1200 metros cuadrados de bajorrelieves tallados en piedra. De todos ellos impacta la imagen del rey Jayavarman VII sobre un elefante, conduciendo a su ejército contra los invasores vietnamitas en una batalla que torció el destino del imperio en el año 1181.

Los visitantes están muy desperdigados en la vastedad de la ciudad de Angkor. A menudo existe la posibilidad de estar en soledad absoluta en medio de las ruinas, donde el silencio es interrumpido cada tanto por el vibrante sonido de las cigarras y el fugitivo silbar de los pájaros. Un ambiente sereno rodea estos templos, que parecen haber estado ocupados hasta el día anterior. Allí es posible imaginar el bullicio de otros tiempos, cuando el rey salía de su palacio iluminado por centenares de antorchas, montado en su elefante con los colmillos enfundados en oro.

TEMPLOS DE BALI La isla de Bali está en el archipiélago de Indonesia y es uno de los lugares donde la religión impregna cada acto de la vida cotidiana. El hinduismo es aquí la religión casi absoluta, aunque con un perfil muy propio, tanto desde el punto de vista estético como religioso. A diferencia de la India, el hinduismo de Bali está revestido con colores tropicales y ligado a una festividad constante que incluye bandas de música en vivo (los gamelanes) e incluso bailes. Los templos están literalmente por todos lados –también en los jardines de muchas casas–, y a veces no resulta sencillo distinguir una casa de un templo. Durante las fiestas religiosas que se realizan cada día del año en varios templos, los dioses se "alojan" en los santuarios.

A los templos se los denomina "puras" y, a diferencia de prácticamente todos los templos del mundo, son a cielo abierto, apenas delimitados por unos muros muy bajos construidos con corales y conchas de mar. Al ingresar en un "pura" por sus portales triangulares se camina entre palmeras y flores de todo tipo. Esos jardines propician que los feligreses tengan un mejor contacto con la naturaleza y con los dioses. En el interior de estos recintos está el elemento más característico de la arquitectura religiosa balinesa: los merus, una suerte de pagodas de madera con techitos superpuestos fabrica-

>>>



Dioses mitológicos sostienen las columnas de los Palacios Reales de Bangkok.



Con 8700 años de antigüedad, las manos del Alero parecen saludar desde la eternidad.



Una huella de tierra se interna entre los cañadones hasta el Alero Charcamata.

>>>

dos con fibra de caña de azúcar. En esas pagodas hay unos cubiles con puertitas minúsculas que los fieles abren para dejar ofrendas de alimentos a los dioses.

Uno de los templos más vistosos de la isla es el Pura Ulun Danú, levantado en una islita casi a orillas de un lago en la zona de Tabanan. Está dedicado a Dewi Danú, la diosa de las aguas, y es adorado tanto por budistas como por hinduistas. Las ceremonias que se realizan en este "pura" están destinadas a rogar por las lluvias y las buenas cosechas. Su meru tiene once pequeños techos que se reflejan en el agua, para muchos la imagen más hermosa y también más sagrada de la isla de Bali.

EN EL TIBET En la vasta meseta tibetana, limitada por China, Mongolia, Nepal, Turquestán y Afganistán, está la ciudad más aislada y remota del mundo. Su nombre es Lhasa –"Tierra de los espíritus"– y es el centro de una cultura muy particular que se desarrolló durante siglos prácticamente aislada del mundo exterior, protegida por esa muralla de 4 mil metros de altura que es la cadena del Himalaya. Emplazada a 3650 metros de altura, Lhasa es una de las legendarias ciudades religiosas del mundo, como La Meca, Jerusalén, Varanasi y Roma. Y su templo más sagrado es el Jokhang, ubicado en el centro del barrio antiguo de la ciudad. Su interior alberga una talla de Buda con 1300 años de antigüedad, la primera traída al Tíbet desde la India por una de las esposas del rey Tong Tsen Gampo en el siglo VI. Entre los tesoros que resguarda el templo hay una biblioteca con los primeros manuscritos budistas redactados en sánscrito, que sirvieron para difundir la religión en el Tíbet. Curiosamente, muchos monjes caminan entre los estantes e incluso gatean debajo de ellos porque creen que de esa forma podrán adquirir la sabiduría de los textos sin necesidad de leerlos.

TEMPLO MONTAÑA En la isla de Java –República de Indonesia– se encuentra el mayor monumento budista de todos los tiempos: el templo montaña de Borobudur. Construido entre los siglos VIII y IX, tiene la forma de una gran pirámide escalonada y está decorado con 500 estatuas de Buda y 1500 paneles en bajorrelieve que ilustran las etapas de la vida del "Iluminado".

Entre los años 600 y 800 d.C. existió en Asia una era dorada en la que la construcción de templos acompañó el florecimiento de importantes reinos que abrazaron el budismo y el hinduismo. Uno de esos templos fue Borobudur, atribuido a la dinastía Sailendra. Cuando en el siglo X fue abandonado, aparentemente porque la corte se trasladó a otro sector de la isla, fue tragado por la selva. Diez siglos más tarde, en 1814, lo redescubrió el entonces gobernador inglés Sir Stanford Raffles.

En el camino hacia el templo hay una calzada de piedra flanqueada por dos hileras de palmeras que abre un tajo gris en medio de un amplio valle tropical. Y tras una colina aparece de repente el templo montaña de Borobudur, una soberbia pirámide que se construyó con dos millones de bloques de piedra volcánica. El súbito encuentro con esa mole de piedra, cuyos lados miden 120 metros cada uno, toma por sorpresa a los visitantes, ya que cinco segundos antes no se ve otra cosa que un extenso verdor. Pero el misterioso Borobudur está ahí, de cuerpo entero, con centenares de Budas contemplativos cuyos ojos de piedra parecen otear el infinito.

Borobudur no es en sí un templo sino una gigantesca stupa, una clase de monumento funerario hindú anterior incluso a la época del Buda. El modelo general de la stupa –un montículo que sobresale en la tierra como una media esfera– fue tomado por la arquitectura budista como el símbolo del Buda en su estado trascendental de inmortalidad. Según la tradición, Buda determinó la forma de la stupa colocando sus harapos hechos un embrollo sobre el suelo, con su cuenco mendicante invertido encima. Y para coronar el ascético símbolo le colocó arriba un palo, que hoy en día corona también todo monumento budista.

SANTA CRUZ

Otra

El Alero Charcamata es un sitio arqueológico con "negativos" de manos similares a las de la famosa Cueva. También se ven estampadas en la piedra otras pinturas de unos 8700 años de antigüedad que representan animales, símbolos geométricos, curvas, espirales y serpentinas. Una excursión que combina trekking y 4x4 por el Cañadón Río Pinturas y la desolada estepa patagónica.

TEXTO Y FOTOS:
JULIAN VARSAVSKY

Desde la estancia Cueva de las Manos –ex Los Toldos– se organizan fascinantes excursiones hasta dos de los sitios arqueológicos más antiguos y significativos del país: La Cueva de las Manos y el Alero Charcamata. El trekking hacia la Cueva atraviesa todo el cañadón del río Pinturas, con un nivel de exigencia medio que se justifica para poder apreciar mejor la imponencia de los paisajes. Dentro de la Cueva, el recorrido se hace en grupo, exclusivamente acompañados por un guía, caminando por las pasarelas de madera. Estas medidas, así como las rejas que separan al visitante de las pinturas, son necesarias para preservar este tesoro arqueológico declarado Patrimonio de la Humanidad.

Quienes no sean huéspedes de la estancia y quieran hacer el trekking autoguiado pueden llegar con vehículo propio hasta el punto en el que comienza el circuito, pasando por la estancia para pagar la entrada. Para conocer el Alero Charcamata, en cambio, se debe ir con una camioneta –propia o de la estancia– y un guía para no perderse en medio del campo.

BAJO EL ALERO La excursión al Alero Charcamata dura todo el

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** A la estancia se llega por un desvío de la Ruta 40, entre las localidades de Perito Moreno y Bajo Caracoles. Con transporte público se puede llegar con los micros de Chaltén Travel (que unen Bariloche con El Chaltén todos los días en temporada alta).

■ **Excursión:** Desde la estancia Cueva de las Manos al Alero Charcamata, la excursión cuesta $ 120 por persona (mínimo dos personas), e incluye la comida.

■ **Hospedaje:** en la estancia Cueva de las Manos la habitación doble cuesta $ 180. También hay un albergue con dos cuartos de 12 camas cuchetas cada uno que cuestan $ 35 por persona. Tel.: 011-4901-0436. *www.cuevadelasmanos.net*

■ **Más información:** Centro de Información Turística de Santa Cruz en Buenos Aires. Suipacha 1120. Tel.: 4325-3098 / 4325-3102 *www.epatagonia.gov.ar*


Entrada al Alero. Una excursión para sumergirse en el mundo pre-tehuelche.

El Alero Charcamata

cueva, otras manos

día y se parte en la mañana para recorrer una huella de 35 kilómetros hasta el Cañadón Charcamata. El paisaje va cambiando constantemente, alternando estepa con serranías, valles y cañadones, algunos muy chicos y encerrados. En el camino se vadea cinco veces el río Pinturas. El último tramo de 2 kilómetros se debe hacer a pie, lo cual permite ver guanacos por docenas, ñandúes e incluso algunos zorros grises. También aparecen aves como flamencos, patos, cóndores, avutardas y pajaritos pico de plata. El trekking es sencillo, sobre un terreno llano, y se pasa por una extraña piedra cuyo propio nombre describe su forma: el obelisco.

El Alero Charcamata –una especie de hendidura en la parte baja de una pared rocosa– se formó al final de las glaciaciones por acción del agua derretida de los glaciares, que fue socavando las montañas. En total mide 81 metros de largo y 24 de alto. Además tiene 45 metros de profundidad, o sea que es casi una caverna (se cree que en invierno los indígenas buscaban estos lugares, acaso siguiendo a las manadas de guanacos que también buscaban estos refugios).

Las pinturas más antiguas de este alero se despliegan a lo largo de 60 metros y tienen 8700 años de antigüedad. También se han identificado otras con menor antigüedad: alrededor de 1100 años. La escena más singular es la de la caza de un puma, considerada una "figurita" muy difícil por los arqueólogos, ya que hay muy pocos a nivel mundial. Por doquier se ven símbolos geométricos, curvas, espirales, serpentinas y círculos que representarían la luna llena. También hay en las paredes numerosos negativos de manos –apoyaban la mano y pintaban el contorno–, dos guanacas en pleno parto mirando hacia atrás a las crías, tal como en la vida real, y ñandúes. Los tintes son blancos, rojos, amarillos, verdes y violáceos, y se obtenían con óxido de hierro, cobre, manganeso y yeso en algunos casos, mezclados probablemente con sangre, orina o saliva.

El sitio fue descubierto en 1972 por el topógrafo Carlos Gradín –el mismo que hizo los estudios arqueológicos de las cercanas Cuevas de las Manos–, aunque fueron unos baqueanos quienes lo llevaron hasta el lugar. El alero es más grande que la Cueva pero tiene menos pinturas. La antigüedad se determinó con el método Carbono 14, no sobre las paredes de piedra sino en los restos orgánicos encontrados en los estratos del suelo, donde había fogones con huesos quemados y restos de pintura que serían contemporáneos entre sí.

La principal hipótesis sobre el significado de las pinturas es que las manos estuvieron ligadas a un ritual de curación. El topógrafo Gradín basa esta explicación en un testimonio de George Musters –el explorador inglés que recorrió la Patagonia con una caravana tehuelche en 1869–, quien observó cómo al hijo enfermo de un cacique le pintaban una mano y se la apoyaban en la parte trasera de un animal –al que luego sacrificaban– para transferirle la enfermedad. Esa imagen también está en la Cueva de las Manos.

La visita continúa por otras dos cuevas –una de ellas con una cascada interior–, donde la sensación de virginidad y aventura traslada al viajero al Holoceno temprano, el ambiente originario y auténtico de los primeros pobladores de la Patagonia.

EL BISNIETO DE UN CACIQUE TEHUELCHE

Camino al Alero Charcamata se pasa por dos puestos de la estancia Cueva de las Manos. En el más alejado –tan alejado que parece alejado del mundo entero– tiene su casa el puestero Tiburcio Sayhueque, bisnieto de Valentín Sayhueque, el último de los caciques tehuelches que no pudo ser apresado durante la Conquista del Desierto, quien terminó negociando la paz con Roca.

Don Tiburcio Sayhueque vive todo el año en medio de la nada, en pura soledad desde hace 21 años. Tiene alrededor de 60 años, el rostro curtido y es muy sociable, a diferencia de muchos otros puesteros de estancia. Tuvo varias mujeres y una hija que vive en Trelew. A los 11 años comenzó a trabajar en estancias y no pudo completar la escuela rural. Luego del servicio militar se empleó en una empresa de construcción en Chubut, después bajó a Santa Cruz con una comparsa de esquila, fue capataz de estancia en la zona de Lago Argentino, y ahora habita en una casita junto al río Pinturas, muy cerca de los testimonios figurativos hechos por sus antepasados más remotos. Sin embargo, Sayhueque sabe poco de la historia de su bisabuelo, desterrado del "País de las manzanas" luego de que su tribu fuera despojada de unas tierras que Roca le había asignado en Chubut. El cacique murió en 1898 y su hijo fue envenenado cuando viajó a Buenos Aires para reclamar esas tierras.

Amo y señor del puesto Las Buitreras, Sayhueque se levanta todos los días a las 3 de la mañana, se toma unos mates, escucha la radio, sin apuro arregla alguna cerca, y en invierno cuida que las ovejas no queden tapadas por la nieve. Cuando esto ocurre, cuenta Sayhueque, "las ovejas viven hasta 30 días bajo la nieve, donde se forma un iglú que mantiene el calor y el aire entra por un conducto muy angosto. El problema es que las ovejas se comen la lana unas a otras y se terminan muriendo de frío. Mi trabajo como puestero es sacarlas con una pala".

POR JORGE PINEDO

Sobre el sur montevideano, a la altura de la Playa Ramírez y antes del Parque Rodó, el barrio de Palermo, tan o más antiguo que su par porteño, asimismo se asemeja en haber albergado, más que malevos y tránsfugas borgeanos, un importante contingente de población negra. Allí mismo, sobre la intersección de la calle Isla de Flores y Frugoni (la continuación de la no menos celebérrima que mercantil Tristán Narvaja), los domingos, apenas anochece, del patio de una de las casas vecinas comienzan a emerger los tambores con sus cueros tensos por obra del fuego que todo lo templa. Esparcidos en las cuatro esquinas, repican en forma esporádica en tanto circula la cerveza y el tabaco. Punto de hallazgo tanto como de encuentro, el del preparativo convoca a los antiguos vecinos que se fueron y para la ocasión retornan, tanto como los que allí siguen junto a los nuevos que han reciclado casas, engalanando paredones con murales e iluminado aceras. Remembranza de antiguas murgas y de próceres de la música popular como Daniel Jaques, el bajista de la mítica banda Los Terapeutas, compinche de Jaime Roos, maestro de los integrantes de Once Tiros y La Vela Puerca. Por allí pululan mezclados entre la gente; también sus esposas, sus hijos en cochecitos por detrás del tumulto.

Parecen responderse unos a otros los tambores: van tejiendo a punto de palma un código que cada siete días se renueva y suena ancestral con un eco que proviene de semejantes latitudes, del otro lado del Atlántico. El ritual se compone de sones y miradas que van ocupando el espacio doméstico destinado a la charla, a la palabra. Un mulato delgado aunque de porte imponente se distingue por su gorra blanca, no hace más que tomar su tambor, cruzárselo en banderola y comenzar a hacer vibrar el cuero. Eso basta para que se conforme la *cuerda* (así se llama). Han de ser más de cuarenta y desde hace pocos, un par de años, marchan mujeres, media docena por ahora.

Son cuatro cuadras a todo ritmo, a marcha cansina, tomándose su tiempo, buscando y hallando el contrapunto, el cambio de secuencia, el unísono. Ritual de solidaridad sonora, sostiene las diferencias sin formular distingos: está el mulato de pilcha humilde avanzando con idéntica dignidad que el intelectual de look etno que está a su lado o el oso de musculosa y corte a lo mohicano que responde a la señal de uno al que ya no le dan las manos y requiere auxilio a fin de que una nota jamás quede vacía. Pues las yemas se enrojecen y las palmas bullen hasta hacer estallar las líneas de la vida, de modo que los menos entrenados piden reemplazo cuando no dan más; para que el tambor siga, siempre. Ya algunas de las mujeres danzan al frente de la cuerda. Cada quien consigo mismo, al modo de los tambores, pero entre todos hasta que dejan de importar tanto cortes cronológicos como géneros. Adolescentes portadoras de esa insolente belleza de la juventud, matronas plenas, damas deschavadas, gays tímidos, travestis ansiosas, locas desatadas, primos y sobrinos, abuelos y maestros y, claro, un turista alemán perdido en el fondo de Latinoamérica que fue a parar ahí nadie sabe cómo y no se la quiere perder. A la segunda cuadra ya los bailarines son tantos como la cuerda misma, ocupan la calle de lado a lado. Por las veredas vamos los de afuera, los varones que no tocan tambor y l@s portador@s de algún brebaje que refresca a los coreutas.



Cuando cae la noche dominguera, chicos y grandes sacan los tambores a la calle y comienza la “cuerda” oriental.

URUGUAY *El sur montevideano*

Tambores en la noche

Cada domingo al atardecer, el barrio de Palermo de la capital uruguaya se llena de sonidos, en un ritual centenario exclusivo para locales. A lo largo de cuatro cuadras, repiquetean los parches y la gente avanza y baila a puro ritmo. Es la “cuerda” montevideana, una red de fiesta y solidaridad popular.

La *cuerda* de tambores suple funciones que la sociedad mercantil resulta incapaz de ofrecer, tanto como el sistema de parentesco convencional nunca alcanza a cubrir. Red de solidaridad popular, vigente por fuera de la estructura formal, ocupa un lugar central en la organización de la cultura urbana al punto que sería una incoherencia calificarla de marginal. En una comunidad que vio percudida en distintos tiempos (la dictadura militar, los embates de las adicciones, las épocas de malaria, etc.) esas complejas tramas de circulación, intercambio y reproducción de sus condiciones de producción, la *cuerda* hace las veces de institución destinada a ocupar tamaños baches. Es, en más de un sentido, una familia allí donde cubre, protege y hasta alimenta de manera que nadie, ni infante ni anciano, permanezca aislado. También es un modo de producción puesto que a partir de sus miembros se generan corrientes de intercambio. Constituye asimismo un sistema de creencias por encima de los credos no menos que un reservorio de la memoria histórica: cuando la marcha pasa frente a ese baldío que ocupa una manzana entera sobre la calle Isla de Flores, allí, donde durante casi un siglo estuvo emplazado el conventillo de negros más populoso y denso de Montevideo, una breve detención, una sutil mutación en el ritmo de los parches, hace de recuerdo y de homenaje.

Hay también lugares, jerarquías con derechos propios logrados a merced de un recorrido que internamente se valora. Algo de tales distinciones habla en los tambores, no sólo a través de sus sonidos sino de sus tamaños: hay tres. De algún modo componen una proporción entre volumen y prestigio, más bien reproducen órdenes al modo de las monásticas o las que los naturalistas han aplicado a la indiferenciada naturaleza: animal, vegetal, mineral. En la maraña de los códigos barriales se divisa la rauda labor de una nueva generación que llega para tomar la posta de sus ancestros. A grandes rasgos, el cuerpo principal de la cuerda está compuesto por gastados cuarentones largos. Reverenciados, los mayores (aún) han obtenido el derecho de pasearse por el espacio que les plazca pero, eso sí, sabedores capaces de anticiparse a los desplazamientos y caprichos de la marcha. Una *troupe* veinteañera puja por hacerse su lugar sin desplantes ni prepotencias pues estar allí, justo allí, deviene honor, condecoración, lustre, inscripción.

A todo esto, los tambores centralizan una rueda que gira fija en un perímetro móvil. Es el público el que se mueve en la avidez de rescatar lo que sucede dentro del maremágnum de parches y la mayoría baila al frente de la cuerda que a su vez le propone desafíos rítmicos, variaciones. Desde atrás, un negro longilíneo de andrógina belleza, turbante y bufanda de gasa ondeando al viento, se desplaza a las zancadas, gira, se arrebola. Baila con una mujer joven, ama de casa al momento deschavada en su ritmo feroz que luego sigue sola. Avanza el bailarín solitario y recorre las filas sorteando la retaguardia hasta zigzaguear en filigrana por entre los tambores a los que, sin molestar ni interrumpir, les dedica un arabesco. Finalmente alcanza la cabecera de la marcha no sin antes haber danzado con todos y cada uno de los más virtuosos y/o lanzados de la zona: señoras y señores, jovencitas de top y carnes firmes, efebos griegos, mariquitas lozanas, damas y caballeros, caballeros sin damas y viceversa, a cada quien su revuelo. Hasta que el bailarín andrógino, claro, logra su propósito y se halla a sus anchas al frente mismo de la marcha. El público lo festeja sin aplausos; el toque individualista no es siempre bien visto.

De puertas y ventanas cunden los vecinos, que agradecen la velada de la que es imposible privarse. La brisa montevideana arrastra suave los aromas de la adrenalina, el aliento ceremonial, los humos variopintos, perfumes. Mutaciones en ritmos y compases se imponen a partir de que los tambores mayores lo designan para que se contagien del frente hacia atrás a lo ancho y a lo largo de la *cuerda.* Breves detenciones dan lugar a retruécanos y diálogos a pura percusión hasta que el avance se renueva. Ya en la última cuadra –han sido cuatro, apenas– la batería se cierra formando una rueda que impregna el cielo de los últimos sones. Al modo de los cambios de dirección de los cardúmenes, la música oscila hasta bullir y, de repente, cesa. No hay bises, todo terminó. Los músicos se despiden, cada cual a su casa o partiendo en grupos que se esparcen por la rosa de los vientos. El silencio vuelve a imperar sobre las calles del barrio de Palermo en Montevideo, dejando lugar a sus ruidos: motores lejanos, bocinas, una radio que canta, voces. Mañana es lunes y se hará preciso ir a trabajar.